

algunas veces convocados en asamblea para pedirles consejo, pero en realidad apenas tuvieron mas influencia sobre el gobierno que la que tuvieron en tiempo de los Tolomeos. Respetábaseles por consideracion á la masa del pueblo y se les dejaba, aunque de mal grado, disfrutar de sus cuantiosas rentas. La soberanía sacerdotal, tal como resucitaba en Etiopía, habia desaparecido para siempre de Egipto.

Fácilmente se comprenderá la necesidad que se sintió de introducir muchas reformas en la administracion del país, de la justicia y de la hacienda, pero acerca de este particular carecemos en absoluto de datos. Las leyes del rey Bocoris, que segun las relaciones de autores griegos constituyeron el fundamento de la mayor parte del derecho civil egipcio, fueron de nuevo promulgadas por sus herederos. Tambien se cita como legislador al rey Amasis, á quien se atribuye especialmente el precepto, ya existente en Atenas desde los tiempos de Solon ó mejor aun desde los de Pisistrato, en virtud del cual era condenado á muerte (?) todo egipcio que no probara ante las autoridades de los distritos cuáles eran sus medios de subsistencia.

Respecto del sistema de hacienda de esta época solo tenemos noticias muy generales. Sabemos, por ejemplo, que estaban exentos de contribuciones los bienes raíces de los sacerdotes, de los templos y de los guerreros. El resto del territorio pertenecía al rey, á excepcion de las tierras que se daban como recompensa á los servidores del Estado que mas se habian distinguido. Los productos de este territorio, es decir, el impuesto del 20 por ciento de lo que rentaba, constituían la fuente principal de los ingresos del monarca. Los labradores, como los actuales fallahs, no eran mas que arrendatarios hereditarios, privados de toda propiedad, ora cultivasen las tierras del rey, ora los patrimonios de los sacerdotes y de los guerreros (1). Está fuera de toda duda que los reyes percibían además, como percibieron en tiempo de los Tolomeos, impuestos indirectos de todas clases que gravitaban especialmente sobre la compra y venta, así como derechos de aduanas y de mercados.

Donde mejores frutos produjo el arcaísmo de la vigésima sexta dinastía fué en las artes plásticas, pues al reproducir las creaciones del Antiguo imperio pudo contarse con modelos llenos de vida que estaban aun en estado de emancipar, hasta cierto punto, al arte de los patronos tradicionales. El relieve que reproducimos (pág. 289) y que representa un sacrificio funerario al estilo del Antiguo imperio, con sus delicados dibujos dotados de vida extraordinaria tratándose de un monumento egipcio, no puede ser contemplado sin experimentar placida satisfaccion. Tambien en punto á estatuas, sobre todo las fundidas en bronce, y á lo que podemos llamar pequeño arte ofrécenos magníficos ejemplares la época saítica. Es, pues, en tesis general, imposible desconocer la existencia de cierto sentimiento artístico durante esta época; la tendencia hácia la mayor elegancia posible en las formas y hácia la finura y el detallado del dibujo, degenera algunas veces en delicadeza exagerada: los tipos jeroglíficos que en esta obra reproducimos y que han sido fundidos tomando por modelo los del período saítico, dan perfecta idea, á pesar de sus pequeñas dimensiones, de las ideas y de las aptitudes artísticas de este tiempo.

De la arquitectura de la época saítica casi nada, por desgracia, ha llegado hasta nosotros, pues si bien los reyes restauraron y ensancharon poco menos que en todo el país los antiguos santuarios y aunque en Tebas encontramos sus nombres ó, por mejor decir, casi siempre los de los soberanos nominales del templo, y en un templo pequeño de Karnak el de

(1) Diodoro, I, 73 74 (véase mas arriba).

la mujer del dios Amon acompañado de su mayordomo, que construyó el edificio, en cambio las grandes construcciones llevadas á cabo por la dinastía, los templos de Sais y de Menfis y quizás tambien de otras ciudades del delta, han desaparecido en ruinas, lo propio que los sepulcros de los reyes de esta dinastía, sin quedar de todo ello mas que algunos restos insignificantes. Esta circunstancia es tambien la causa principal de que nada hayamos podido deducir de los monumentos egipcios respecto de la historia del período saítico (2).

No produjo mejores resultados que en otras materias la tentativa de resucitar en la esfera religiosa los tiempos mas antiguos: en medio de las primitivas formas de sepulcros que servilmente se copian, aparecen por doquiera expresiones y variantes de posteriores épocas; el Panteon ha sufrido un cambio esencial y los iniciados consideran como clave para la inteligencia de la religion las doctrinas secretas, cuya redaccion sacan de los mitos y ritos antiguos. Desde hace mucho tiempo se ha reconocido que todos los dioses, hombres y demás seres son simples formas aparentes de lo puro, increado y eterno, que se manifiesta directamente en el sol; sus descendientes, sus manifestaciones, sus emanaciones por él formadas de sus propios miembros son los dioses, los mas antiguos soberanos de la tierra, que luego se retiraron al cielo, desde donde dirigen el mundo. Las narraciones de sus hazañas y los innumerables usos de su culto son representados en parte sencillamente, como en lo antiguo, y en parte de una manera simbólica, cabiendo afirmar que fueron simples vestiduras de verdades fundamentales, físicas y morales. Estas bagatelas semi-ingeniosas, semi-infantiles, á propósito para toda clase de arbitrariedades, llegaron á causar impresion, en tiempos anteriores y posteriores, á los griegos ó á lo menos á una parte de ellos, pues por mas que algunos las despreciaran, la mayoría ayudó á los egipcios en tal tarea y aun les superó, llegando por último á sacar de tales fruslerías sistemas filosóficos y teológicos en la época de la decadencia de su propia cultura. Para no citar de esto mas que un ejemplo, diremos que aquellos que rechazan la version doméstica y sencilla, explican la leyenda de Osiris diciendo que éste es el símbolo del Nilo ó de la fertilidad, ó de la luna, ó de todo lo bueno, y que Set significa naturalmente todo lo contrario, es decir: la sequía, el desierto, el sol ó todo lo malo. Los apéndices de este orden de ideas nos son ya conocidos, pero difícilmente puede afirmarse si los egipcios los amplificaron hasta en los menores detalles, pues solo los conocemos por las noticias de origen griego (3) y la mayor parte de las explicaciones se funda, como se comprenderá, en combinaciones griegas. Para todos los fines oficiales bastaban las fórmulas y textos antiguos, que ya no fueron modificados por posteriores elementos; así por ejemplo el Libro de los Muertos conservó, durante la época saítica, su última redaccion exclusivista y formal. Es muy posible que algunos hombres profundamente pensadores se abandonaran, en las escuelas sacerdotales, á estos pensamientos y los trasladaran al papel. La doctrina que los griegos, desde Herodoto, atribuyen á los egipcios, y segun la cual el alma del hombre, al morir su cuerpo, va trasmigrando sucesivamente á todos los animales de la tierra, de las aguas y del aire, hasta que terminada esta evolucion, unos tres mil años despues, vuelve á encarnarse en un cuerpo humano, pudo haber nacido despues en Heliópolis ó en cualquier otra parte, como resultado de las confusas ideas de la vida despues de la muerte. Las fuentes egipcias nada nos di-

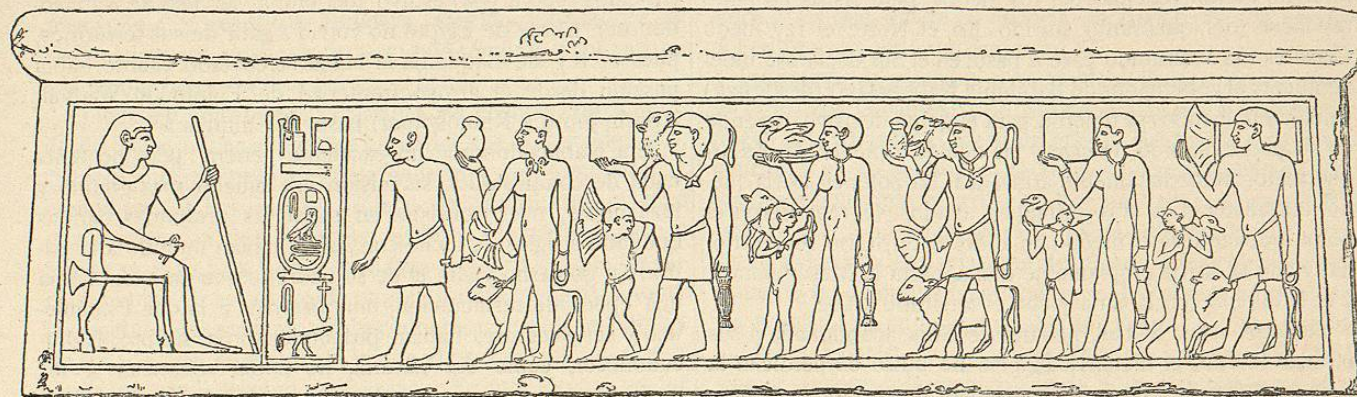
(2) Tambien ha influido en ello la revolucion política y literaria que en estos tiempos se realizó.

(3) Los textos tolméticos están llenos de etimologías euheméricas y de otras explicaciones, pero éstas aparecen tambien en tiempos anteriores.

cen de esto. Es muy probable que la tal doctrina no ejerciera ninguna influencia, y, por punto general, ofrecieron muy escaso interés las cuestiones religiosas trascendentales. Tiempo hacia que la verdad habia sido sólidamente asentada transmitiéndose de una á otra generacion por medio de la enseñanza y de la escritura: ¿qué novedades podian comunicarse? ¿A qué esforzarse tan inútilmente? La gente se alimentaba espiritualmente con una civilizacion antigua y completa y se daba con ella por satisfecha. La única cosa que despertó interés fué el lado práctico de la «ciencia» teológica, es decir, la magia, la averiguacion de nombres y fórmulas secretas y dotadas de mágico poder; de esto tratan muchos papiros que hasta nosotros han llegado.

Por lo demás, la masa general de los egipcios nada dejó que desear en punto á devocion; las descripciones griegas demuestran cuán en serio era tomado el culto y cuán exactamente se cumplian los innumerables preceptos del ritual,

siendo digno de notarse que además de las construcciones de templos y de las restauraciones llevadas á cabo por los reyes, se hicieron muchas fundaciones de capillas debidas á los particulares (1). La teología, siguiendo los mismos pasos que la política, vuelve á ostentar en primera línea las divinidades del Bajo Egipto, sobresaliendo entre ellas Ptah (en griego Hepastos) de Menfis, Neit (en griego Athene) de Sais, Bast (en griego Artemis) de Bubastis, Uazit (en griego Leto) de Buto y otras (2). Amon vuelve á ser lo que en otro tiempo, es decir, el dios local de Tebas, y á pesar de los innumerables atributos con que es venerado en esta ciudad y en los oasis por los egipcios colonizados en tiempo del Nuevo imperio (3), la inmensa mayoría del pueblo egipcio le concede escasísima importancia. Tambien Tum-Ra de Heliópolis pierde parte de su antiguo esplendor; la doctrina de él emanada hace tiempo que es del dominio público, habiendo redundado en provecho de los otros dioses del país. En cambio, las divinidades del



Relieve representando un sacrificio funerario (vigésima sexta dinastía), segun Mariette (*Monuments divers*, p. 35).

círculo de Osiris adquieren cada dia mayor consideracion y son adoradas por igual en todo el territorio (4). En esta época es cuando Isis «la gran hechicera», adquiere el carácter de gran diosa de todo el Egipto, de modo que es de todas las divinidades egipcias la que alcanza mayor popularidad.

Mayor veneracion prestó todavía la masa del pueblo á las imágenes vivientes de los dioses sobre la tierra, es decir, á los animales sagrados, pues á lo que parece, en aquel tiempo fué cuando el cuidado de las vacas y de los toros, de los ibis y de los gavilanes, de los gatos y de los cocodrilos adquirió las proporciones que las descripciones griegas indican. Al frente de todos estos animales figuraba el buey Apis de Menfis, «la nueva vida (encarnacion) de Ptah», cuya consideracion fué en constante aumento desde la época de los Ramésidas. Psammético I construyó para él un nuevo templo, donde el sagrado animal se presentaba ante la multitud, que traducía en oráculos sus movimientos. La veneracion no se limitaba únicamente á los animales vivos, sino que se extendía á sus cadáveres, enterrados en la magnífica tumba subterránea del Serapeum, situada al extremo de la desierta meseta de Sakkarah junto á Menfis. Poco á poco fué tomando cuerpo la creencia de que el buey muerto y por tanto convertido en Osiris, el Osiris-Apis (en egipcio Osar-hapi y en griego Sarapis), era la suprema di-

(1) Revillout: *Revue égyptologique*, tomo II, pág. 32.

(2) Obsérvese que Herodoto al ocuparse de la religion, de las fiestas, etc., egipcias (II, 59), casi exclusivamente se refiere al Bajo Egipto. De muy distinta manera se habria expresado un siglo antes.

(3) Sabido es que los griegos de Cirene, cuyo oráculo del desierto gozaba de gran consideracion, fueron los primeros en conocer á Amon, de quien llegó á ellos noticia desde el mas remoto de estos oasis, el Anonion de Sivia, transmitiéndose luego su conocimiento á los demás griegos.

(4) Véase Herodoto, II, 42.

vinidad, el compendio de toda divina esencia. Tampoco era muy extraña en aquellos pueblos la idea de considerar al dios muerto como la divinidad que venció al mundo y por consiguiente dominó en él.

Cuatrocientos años despues de destronado el último Ramésida, daba Psammético I nuevamente al Estado egipcio una forma sólida; y dadas la mayor dificultad y complicacion de las cosas, se puede afirmar que lo realizado por el dinasta de Sais fué mas grandioso é individual que lo llevado á cabo por A'ahmes y por Amenemhat I; los dioses le favorecieron concediéndole un reinado de 54 años (desde 663 á 609), durante el cual, como durante los de sus sucesores, el valle del Nilo disfrutó de un bienestar material de que hacia mucho tiempo no habia gozado. «En tiempo de Amasis (569-526), — dice Herodoto, — Egipto debió de gozar del mayor bienestar, contándose en su territorio 20,000 lugares habitados (ciudades).» Pero por muy hombre de Estado que el tal monarca fuese, no pudo traspasar los límites que la naturaleza de su pueblo y la fuerza de las relaciones exteriores le imponian; culpa de Psammético no era que el edificio artificial por él levantado se desplomara por falta de vigor vital interno y que no pudiera sostenerse por mucho tiempo enfrente de las potencias enemigas.

CAPITULO V

EGIPTO Y BABILONIA. — AMASIS

Mientras el Egipto se consolidaba nuevamente, el imperio asirio corria hácia su ruina. En el año 640 antes de J. C., Assurbanipal (Sardanápalo) dominaba todavía, á excepcion del de Egipto, casi todo el territorio que habia heredado de

sus padres, pues solo en la Media pudo hacer notables progresos el estado de Fraortes, de reciente creacion. Pero vino despues una crisis terrible cuyo curso nos es por desgracia desconocido: algunos pueblos de origen escita, procedentes del Norte de Asia, penetraron en los dominios de la potencia asiria y, como despues los hunos y mogoles, llevaron el saqueo y la desolacion á todas partes. La invasion llegó hasta las fronteras egipcias; pero Psammético, á fuerza de presentes y de súplicas, logró evitar el peligro (625 aproximadamente), segun refiere Herodoto, único griego que de tales sucesos tiene noticia. En cambio, Ascalon fué saqueada y la misma Judá sufrió no pocos desastres: la invasion escita fué causa de que por primera vez levantaran su voz los profetas Jeremías y Sofonías, y la desaparicion de los invasores y consiguiente liberacion de la soberanía asiria dieron lugar á la proclamacion del código de 621 antes de J. C.

La invasion escita pasó y las hordas extranjeras, segun la leyenda, fueron vencidas por los medos, pero Asiria no pudo reponerse del quebranto sufrido. En el Norte el rey medo Ciaxares fué avanzando paso á paso; en el Sur declaróse independiente el gobernador de Babilonia Nabopalar (desde 626) y finalmente ambos se unieron para el golpe decisivo, cayendo en su poder, en 606, Nínive y las demás capitales de Assur, que fueron inmediatamente arrasadas. La potencia asiria quedó aniquilada. Los dos príncipes aliados se repartieron el botin, quedándose el medo con todo el territorio septentrional y con la Asiria propiamente dicha hasta la Mesopotamia, y el babilonio con la Siria y con el territorio árabe.

Durante estas luchas, hallándose Siria abandonada á sus propias fuerzas, el monarca egipcio no quiso desperdiciar la ocasion que se le ofrecia de participar del botin; y considerando el momento propicio para reconquistar el poderío de los antiguos Faraones, dirigió todos sus esfuerzos á apoderarse de las ciudades fenicias de la costa, tan importantes para el comercio y el poder marítimo de Egipto. Neco II, hijo de Psammético, en el año 608, es decir, un año despues de haber subido al trono, se dirigió «hácia el Eufrates contra el rey de Asiria» (1), soberano nominal y quizás tambien real de Siria, atravesando probablemente la llanura de la costa filistea y apoyado en su marcha por la escuadra. Las antiguas posesiones asirias habrian caído fácilmente en su poder si los judíos, cumpliendo las leyes del Deuteronomio, no se hubiesen creído seguros de la ayuda de Dios y con fuerzas para seguir una política independiente. Por eso el rey Josías salió al encuentro del Faraon en Megiddo (en Herodoto se dice Magdolon), es decir, en el mismo sitio en que mas de ochocientos años antes la coalicion de los príncipes sirios habia esperado el ataque de Tutmosis III. Tan loca empresa terminó como no podia menos de terminar: el ejército judío fué derrotado y Josías pereció en la batalla. Neco consagró, como hemos dicho, á Branchide el vestido que habia llevado en el combate, prueba evidente de que los mercenarios jonios fueron los que mas contribuyeron á la victoria. Despues de la batalla avanzó Neco hácia el Norte, destituyó en su campamento de Ribla, junto á Hamat, á Joacaz, hijo de Josías, nombró rey á su hermano Joaquin é impuso al país un tributo de cien talentos de plata y uno de oro. Siria, al parecer, se sometió hasta el Eufrates, debiendo únicamente ser conquistada la ciudad filistea de Gaza (en Herodoto Kadytis) (Jere-

(1) Reyes, IV, 23, 29. Las cortas narraciones hebreas contenidas en el Libro de los Reyes y en Jeremías constituyen la principal fuente á que hemos podido acudir para esto y lo que sigue; completan nuestras noticias los datos que se conservan de la historia babilónica, de Beroso, — que presentan al rey egipcio como sátrapa babilonio rebelde — y los de Herodoto, que solo habla de victorias de los egipcios, pues nada le contaron de las derrotas. Estas tres fuentes tan distintas coinciden todas perfectamente. Véase la narracion de Stade en la *Historia de Israel*.

mías, 47), y quedaron nuevamente sometidos á Egipto los territorios sirios (2).

El triunfo, sin embargo, no fué duradero y las fuerzas de Egipto no estaban mas que antes á la altura de las de los reinos asiáticos; algunos hombres dotados de gran perspicacia política é histórica, como los profetas Jeremías y Urías, anunciaron ya entonces la cercana catástrofe; pero sus presagios fueron causa de que el primero incurriera en la cólera de Joaquin, de la que á duras penas pudo salvarse gracias á sus buenas relaciones en la corte, y de que el segundo tuviera que huir á Egipto, siendo á poco entregado á los suyos y ejecutado (Jeremías, 26). Todas sus profecías se realizaron. Rendida Nínive, Nabopalar envió á su hijo Nabucodonosor contra el Faraon, y trabado el combate en Karkamis, junto al Eufrates (604 antes de J. C.), los egipcios fueron completamente derrotados y toda la Siria cayó en poder del vencedor. Tambien tuvo que someterse el rey de Judá, y «por espacio de tres años (600 á 598) estuvo Joaquin al servicio de Nabucodonosor. El rey de Egipto no volvió á salir de sus territorios, pues el rey de Babilonia le habia arrebatado cuanto habia poseido desde el arroyo fronterizo de Egipto (el Wadi-el-Arisch, junto á Rhinokolura) hasta el Eufrates.»

Era Nabucodonosor un excelente general, pero no tenia nada de conquistador; su mision era mucho mas grande y mas noble, pues consistia en sanar las profundas heridas que tantos siglos de lucha con Asiria habian inferido á su patria. Su gobierno y aun el de su padre fueron para Babilonia una época de restauracion, muy parecida á la que Psammético y sus sucesores habian proporcionado al Egipto. Nabucodonosor, como era natural, no podia renunciar á los territorios sirios que eran indispensables tanto para el comercio y las rentas de su reino, como para su poderío político, pues de lo contrario habria sido difícil á Babilonia atajar en su marcha á los poderosos medos. No menos indispensables eran estas provincias á Egipto; los Faraones no podian consolarse de su pérdida, á pesar de haberse evidenciado claramente que sus fuerzas no eran bastantes para el logro de sus pretensiones. Así es que, reproduciendo antiguos ejemplos, fomentaron rebeliones con que intentaron debilitar el poderío babilónico para luego ponerse en el lugar de éste. Para realizar tal empresa encontraron un instrumento dócil en la nacion judía, que, confiada en el poder de su Dios, no comprendia por qué no habian de volver los tiempos de David y de Salomon. En vano los pocos que, como Jeremías, comprendian el peligro, daban de continuo la voz de alerta: sus esfuerzos no pudieron evitar que en 597 se sublevara Joaquin. Los auxilios egipcios, con los cuales contaba, no llegaron, y en cambio se presentó un ejército caldeo. Jerusalem fué sitiada; Jeconías, hijo de Joaquin, tuvo que capitular y fué llevado á Babilonia con todos los tesoros del templo y del palacio y con toda la aristocracia de la nacion, siendo sustituido en su gobierno por su tío Sedecías (596).

Poco tiempo despues murió Neco (594), cuyo hijo Psammético II (594-588), á quien Herodoto llama Psammético, únicamente luchó, segun nuestras noticias, en Etiopía, mas apenas ocupó el trono su hijo Apries (en egipcio Uah'abre', en hebreo Hophra') reanudó las expediciones sirias. «Salió á campaña contra Sidon y presentó á los tirios combate naval», dice Herodoto. No nos es dado referir en sus detalles el curso de esta lucha; por las noticias de origen hebreo vemos que por aquel mismo tiempo Judá comenzó tambien la guerra. Cierto que el rey Sedecías luchó muy de mala gana, pero se sentia arrastrado por la ciega confianza en Dios que animaba

(2) De este tiempo datan algunos objetos é inscripciones encontradas en Arados, Byblos y Tiro: Renan: *Mission en Phénicie*, páginas 27-28, 179 y 545.

á la masa de su pueblo y á los magnates de su corte. Tambien esta vez el resultado fué el de siempre: en enero del año 587 presentóse delante de Jerusalem el ejército de Nabucodonosor, que comenzó inmediatamente á poner sitio á la ciudad, y aunque este sitio tuvo que ser suspendido cuando los egipcios avanzaron, esto no obstante Apries entregó la Siria á los caldeos sin oponer la menor resistencia. Con esto quedó decidida la suerte de Jerusalem: despues de una lucha desesperada los caldeos, en el mes de julio de 586, abrieron brecha en sus murallas y el castigo inevitable cayó sobre aquel pueblo tenaz. La ciudad fué destruida, los jefes del partido nacional fueron ejecutados, y todos los propietarios conducidos al destierro; únicamente los mas pobres, «los que nada poseian,» se quedaron en su patria. El territorio de Judá pasó á ser provincia babilónica.

Manteníase todavia firme Tiro, donde, despues de la victoria naval de Apries, empuñó, al parecer, las riendas del gobierno el partido de la independencia. Por espacio de trece años (585-573) resistió la fortaleza marítima los ataques de Nabucodonosor, pero por fin tuvo que rendirse y sus soberanos fueron fieles vasallos del reino babilónico.

Quedaban únicamente por saldar las cuentas con Egipto: desde hacia mucho tiempo se esperaba que Nabucodonosor, siguiendo el ejemplo de Assarhaddon y de Assurbanipal, conquistaria á Egipto, y los profetas aguardaban con ansiedad el momento en que el Faraon recibiria el condigno castigo por su mala fe y en que se realizaria su teoría de que los caldeos habian de ser el azote con que Jehova castigaria á todos los pueblos. Sin embargo, Nabucodonosor, que era un hombre de Estado mas perspicaz de lo que ellos suponian, no se proponia en modo alguno conquistar á Egipto, lo cual no fué óbice para que el inquieto Estado vecino fuese humillado, siendo de todo punto necesario para asegurar la frontera occidental poner definitivamente término con una guerra ofensiva á las incursiones de los Faraones egipcios. Por un pequeño fragmento de los anales de Nabucodonosor, único que poseemos, venimos en conocimiento de que éste marchó contra Egipto en el año 568.

Habia estallado allí entretanto una revolucion. Apries habia enviado al rey libio Adikran, que no podia ya resistir á los griegos, cada dia mas numerosos, un ejército exclusivamente compuesto de egipcios, quedándose él solo con las tropas mercenarias. Los egipcios fueron completamente derrotados por los cireneos, lo cual aumentó el odio y la envidia que profesaban á los mercenarios, pues creyeron que el rey los habia sacrificado á sabiendas; así es que al regresar á su patria estalló entre ellos la rebelion, que Apries creyó poder dominar enviando allí á un elevado funcionario de su corte llamado Amasis (en egipcio A'ahmes). A la verdad, peor eleccion no hubiera podido hacer el monarca, pues el emisario, cuya madre descendia de la familia real (1), gozaba de grandes simpatías entre los egipcios, razon por la cual los sublevados le ofrecieron la corona. Amasis no vaciló en aceptarla y en conducir á los rebeldes contra su soberano; visto lo cual por Apries intentó apoderarse del usurpador valiéndose para ello de un ilustre egipcio llamado Patarbemis, pero Amasis supo arrojarle ignominiosamente de su presencia, y habiendo el monarca castigado cruelmente al infeliz emisario, acabó de

enajenarse con ello el poco afecto que le profesaban los egipcios. Reducido por la fuerza de las circunstancias á juntarse con los carios y con los jonios para dirigirse contra Amasis, y habiéndose trabado la batalla en Momemphis, al Oeste del delta, Apries, que creía imposible perder su poderío, fué vencido y hecho prisionero. Herodoto dice que los mercenarios combatieron valerosamente en la batalla decisiva y que solo sucumbieron ante el mayor número de los contrarios, pero á pesar de esto no puede calificarse de imposible la hipótesis de que estuvieran en secreta inteligencia con el enemigo (2). Amasis cedió por algun tiempo al prisionero soberano el título real presentándose á su lado como simple co-regente, y así lo prueba el hecho de aparecer unidos sus nombres en un bloque de piedra de Menfis, pero al fin acabó por entregarle á la indignada plebe que lo asesinó, siendo su cadáver enterado en los regios sepulcros de Sais. Amasis, para asegurar su situacion, se casó con una hija de Psammético II, que era, á la vez, esposa de dios de Tebas. Estos sucesos son muy parecidos á los que refiere la historia de Inglaterra con motivo del entronizamiento de Enrique IV.

Ignoramos la relacion que tuvo la usurpacion de Amasis (569) con la campaña de Nabucodonosor y si ésta fué un nuevo motivo para el destronamiento de Apries ó si, por el contrario, el rey babilónico se aprovechó para sus ataques de los desórdenes que ocurrían en Egipto. La narracion de Herodoto guarda absoluto silencio sobre este particular, como sobre todas las desgracias que alcanzaron á los egipcios. Únicamente sabemos que Nabucodonosor luchó con fortuna contra Amasis (3), aunque no pudo sojuzgar al Egipto, y desde entonces vivieron en paz ambos Estados, renunciando Amasis por su parte á la reconquista de Siria. Sus empresas en el exterior se redujeron á la sumision de Chipre, á cuyas ciudades hizo tributarias con el auxilio de su escuadra, sin que los babilonios formularan pretension alguna sobre la isla.

La tradicion griega nos presenta á Amasis como persona hábil y de mucha experiencia que sabe tratar fácil y diestramente los asuntos y que ve coronado de excelente éxito todo cuanto emprende; dotado de talento y amante de los placeres, se cuida muy poco de lo que pueda decir la opinion pública y pasa por encima del decoro que su elevada categoría impone. Despues del trabajo de la mañana, se entrega al mediodía á los goces del vino y de la franca libertad de que disfruta entre sus compañeros de orgías, con gran sentimiento de los severos y formales egipcios (4). A pesar de esto sabe conservar en sus manos las riendas del gobierno, robustecer su posicion y fomentar el bienestar de su reino. Herodoto nos ha conservado algunas anécdotas que demuestran la vida de placeres y los rasgos inconsiderados y á veces cínicos pero siempre ingeniosos de este monarca; y aun cuando tales anécdotas no revisten carácter histórico, retratan exactamente al afortunado advenedizo. Su personalidad es en extremo característica para su época y demuestra cuán poco egipcia fué la monarquía saítica.

En la situacion en que Amasis se colocó respecto de los griegos—única faz de su gobierno que conocemos exactamente—brillan su gran habilidad y su profunda perspicacia. Debía su trono á una sublevacion de los egipcios y en particu-

(2) Desgraciadamente no sabemos nada acerca de la conducta que en el conflicto observaron las tropas libias, que, al decir de los hebreos, siempre se distinguieron entre los contingentes del ejército egipcio.

(3) La tentativa de Wiedemann para encontrar en un monumento egipcio algun indicio de esta lucha se funda en una equivocacion (véase mas arriba, nota). — Beroso designaba á Egipto como provincia babilónica y el autor griego Megasthenes (año 300 antes de J. C.) afirmaba que Nabucodonosor habia sometido una gran parte de la Libia y de España.

(4) Véase lo que dice Revillout: *Revue égypt.*, tomo I, pág. 63, tomándolo de la citada crónica demótica.

(1) Así lo demuestran la inscripcion de una tabla sacrificatoria de Amasis y la del sarcófago de la madre de éste, Tapernt, que datan de antes de su entronizamiento. Véase Revillout: *Revue égyptol.*, tomo I, página 51, tomo II, pág. 96. En la primera, Amasis añadió su nombre al de Apries, y si bien en la del sarcófago aparece con el título de su cargo, su nombre está rodeado del régio anillo. — Lo que cuentan los griegos de la humilde prosapia de Amasis, es pura fábula. — Respecto de la muerte de Apries, véase *Jeremías*, 44, 30.